

MARGINACION Y TEATRO: UNA FORMA DE ENTRAR A ESCENA

Gabriela Otero (Directora del Grupo de Teatro El Brote) y Susana López Anido (Psiquiatra y Psicoanalista)

Sujeto, tiempo, espacio y cultura

La cultura, estructura el campo de la realidad para ordenar los vínculos.

El campo, el contexto del diálogo con el otro tiene dos niveles: el del campo material, el hábitat, el entorno físico, y el campo simbólico que es el conjunto de reglas, leyes, normas, y especialmente el lenguaje que ordenan el encuentro entre las personas y permiten secuencias de expectativas, las ceremonias sociales, sin las cuales sería imposible suponer la conducta probable-promedio del otro y poder adecuarse a ella.

Un sujeto se constituye en determinado ordenamiento (de tiempo y espacio), encuentra ese ordenamiento antes de encontrar el fundamento del mismo.

Solo puede hablarse de identidad cuando un yo discriminado se percibe dentro de una historia, dicho de otra forma la persona debe constituirse simultáneamente en las dos dimensiones: espacio y tiempo, o sea como energía y como información lo cual no es otra cosa que la vieja distinción entre cuerpo (energía) y mente (información).

El hombre primitivo tuvo que inventar el mundo, la realidad, la cultura. Especialmente, debió crear un artificio, una ficción, una construcción imaginaria que llamó tiempo. Debió inventarlo para poder sostener la sucesión de presentes caóticos de actos y percepciones que apenas realizados se desvanecen.

El tiempo necesita ser sostenido con secuencias que puedan crear la sensación de continuidad.

El cuerpo (nuestra actualidad perceptual) está encerrado en el presente (en el espacio), siempre es implacablemente ahora, pero nuestra identidad, que es nuestra historia, se encuentra en el tiempo.

Para poder atravesar en cada momento la discontinuidad del presente, construimos las estructuras de continuidad, verdaderas tramas cotidianas en el espacio (zonificaciones, límites) y en el tiempo (ciclos, horarios) que nos permiten “recorridos estabilizados” en este espacio-tiempo.

La percepción define el presente que es solo espacio y por otro lado la memoria (el stock de información) define el pasado; pero hay una segunda dimensión del tiempo que tiene por objeto la satisfacción de la exigencia de organizar la acción en relación con fines, esto es la anticipación (se trata de la imaginación del futuro).

Es aquí donde el hombre da un salto cualitativo pues es capaz de planificar y sumar esfuerzos e información, es decir, planificar la cultura.

Estamos condenados a caminar de la incertidumbre a la pérdida, pero la cultura construyó sistemas de sostén para este salto que permite armar proyectos y hacer así una vida con sentimientos de realización.

La futurización de recuerdos nos permite la sucesión histórica, pues cuando ese recuerdo “arrojado” al futuro llega a ser presente, nos reconocemos como los mismos que lo arrojamos allí adelante y, por tanto, tenemos el sentimiento de continuidad yoica.

La patología de la temporalidad es la locura.

En el vacío (que es el tiempo paralizado) se desestructura la configuración de figura-fondo, pues la percepción de la figura depende del fondo de los recuerdos (siempre es histórica). Se produce un presente en blanco, una percepción sin sentido.

Se desarma el tiempo y produce angustia, extrañamiento, vacío, homogeneidad... “lo impensable” según Winnicot.

Las psicosis y las experiencias con drogas alucinatorias constituyen un lugar fuera del tiempo.

Imaginar es construir con recuerdos un estado futuro del yo y luego hacer para instalarse en él.

Pero este proyecto solo es operable en la realidad compartida si es posible transmitirlo a los demás y, de este modo, acomodar las expectativas mutuas.

Crear en los márgenes

El acto creador tiene que pasar necesariamente por fuera del ordenamiento donde un sujeto se constituye. Tiene que poder caer de ese ordenamiento.

Esa salida de los referentes de ese otro en el cual él habitaba, de ese ordenamiento en el cual se reconocía narcisísticamente, en una determinada imagen, en su producción, en sus obras, lo lleva a un lugar donde se queda sin figura, se queda sin saber, sin saber quién es él.

El que puede soportar producir sin la certeza que el nombre le otorga, cae de la zona en la cual vivimos todos nosotros.

Esa es la zona de la locura y la zona de la libertad.

Pero la locura es diferente a la libertad, la locura implica pasar por esa zona sin poder retornar, o retornar teniendo que producir otras reglas de juego, lo cual conduce al delirio.

No un delirio en el orden de la creación artística, sino un delirio que tiene que recrear nuevamente todas las formas.

La locura es la alienación máxima al otro, no la libertad.

Según Agamben, Cada concepción de la historia va siempre acompañada por una determinada experiencia del tiempo que está implícita en ella, que la condiciona y que precisamente se trata de esclarecer. Del mismo modo, cada cultura es ante todo una determinada experiencia del tiempo y no es posible una nueva cultura sin una modificación de esa experiencia. Por lo tanto la tarea original de una auténtica revolución ya no es simplemente “cambiar el mundo”, sino también y sobre todo “cambiar el tiempo”.

Dado que la mente humana capta la experiencia del tiempo pero no posee una representación de ella, necesariamente el tiempo es representado mediante imágenes espaciales: La representación del tiempo de la Antigüedad Grecorromana es circular y continua, la representación occidental a partir de Aristóteles es un continuum puntual infinito y cuantificado, la concepción en el cristianismo tiene un punto de referencia que es el nacimiento de Cristo y una finalidad que es la redención, y en la edad moderna es una laicización del tiempo cristiano rectilíneo e irreversible, que se le sustrae toda idea de un fin, homogéneo, rectilíneo y vacío que surge de la era industrial.

¿Cómo es el tiempo de nuestra época?

El tiempo yuxtapuesto de la televisión?

El tiempo instantáneo de la globalización masificada?

El tiempo enajenado de la explotación laboral?

El tiempo detenido de la desocupación?

El tiempo acelerado del consumo?

El tiempo de sobrevida del excluido?

El presente congelado del vacío y la soledad?

El tiempo deshabitado por el miedo al prójimo?

Hemos reducido la vivencia del tiempo a un presente enloquecido, sin memoria ni futuro. A este estado actual Zygmunt Bauman lo denomina modernidad líquida, tomando la característica de los fluidos que no se fijan al espacio ni se atan al tiempo. Los sólidos que se están derritiendo en este momento son los vínculos entre las elecciones individuales y las acciones colectivas.

Explica: es el momento de la desregulación, de la flexibilización, de la liberalización de todos los mercados. No hay pautas estables ni predeterminadas en esta versión privatizada de la modernidad. Y cuando lo público ya no existe como sólido, el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen total y fatalmente sobre los hombros del individuo. Tiempo, espacio, sujeto y cultura no pueden desanudarse.

TEATRO una forma de entrar construyendo escena

El Teatro habita el tiempo del Acontecimiento: Ya no como una determinación espacio temporal sino como la apertura de la dimensión originaria en la que se funda toda dimensión espacio temporal.

El arte re-nueva el ritmo. El origen espacio-temporal del sujeto.

En el teatro (en el teatro “experimental”) se ensaya buscando lo que no se sabe cómo será. No se parte de una premisa a confirmar en el ensayo, sino que el ensayo es el descubrimiento de lo que se consiguió.

Tiempo del Asombro

El teatro no es el espejo de la realidad,
El teatro muestra lo que ese espejo oculta

Dice Alain Didier “La escena de teatro da a luz su extraña presencia en el actor, porque está en comunicación con una ranura cuya esencia queda pegada a la suela del actor. El actor es aquel que, pasando de lo invisible a lo especular, deviene el pasador, para el espectador sorprendido, de la sombra que reina entre bastidores”.

La relación entre el acto creador y la locura tiene que ver con ese pasaje.
Pero la locura es la imposibilidad de retornar.

La Escena:

Su etimología viene del griego: significa tienda. Es la tienda que veían los espectadores como fondo en el espacio de representación y donde los actores cambiaban de máscara y/o de personaje. Sería lo que está “detrás de la escena” tal como la conocemos.

Es el lugar de pasajes por excelencia. Aquello que los espectadores no ven, lo “fuera de escena” desde donde entran los actores “a escena”.

Es el tiempo y el lugar donde la transformación del personaje se produce.

Adentro y Afuera es una dialéctica de movilidad que no congela significados. Pongamos aquello que está “fuera de la escena” “dentro” de la escena. Entonces el teatro recrea la experiencia, se apropia de lo que el espejo social esconde. Trabaja con las memorias, individuales y colectivas. Se pregunta. Ensaya. Intenta recrear las relaciones entre las personas, las que están enfermas en la sociedad. Ejerce el pensamiento crítico porque ve y padece esta realidad. Vivimos en un despiadado sistema de mentiras, en un orden social dominante donde la simulación reproduce sus parámetros de desigualdad y negación.

El tiempo del Acontecimiento nos devuelve, nos arroja al presente desnudos en nuestra total corporeidad. Paradójicamente aunque se trate de teatro, allí estamos, sin disfraces. Elegimos terminar con la simulación.

Los actores de El Brote vienen de las sombras, de una doble Marginación: la de la locura y en muchos de ellos la de su identidad cultural indígena o criolla.

Nuestro interés es la práctica del arte en esa zona de marginación que produce la lógica hegemónica respecto de las diferentes. Tal es el caso de la estructura psicótica y también de la marginación cultural producida por los procesos históricos de dominación.

“Cada vez que el discurso amo toma lugar no permite hablar la lengua del país colonizado” Carlos Cobas.

¿Qué nos permite la práctica del teatro?

Tomamos la técnica teatral como camino, como proceso de construcción de un lenguaje a partir de la singularidad de cada uno. El arte se nutre de la singularidad, de aquello que nos hace únicos, y lo pone a jugar en un universo recreado en los códigos de la invención.

Se trata de ir generando códigos compartidos a partir de la tarea, ya que justamente en la psicosis los códigos comunitarios están rotos.

Se parte desde el juego, como sistema de simbolización y vínculos, para la construcción de una producción de creación grupal, y en este interjuego permanente entre singularidad y grupalidad se construye el texto.

Hay una producción metafórica en juego que permite la circulación de sentido, allí donde ciertos sentidos estaban congelados.

La palabra expresión alude a la acción de echar fuera, dejar salir lo que hacia presión (ex -presión).

Pero no siempre la expresión es comunicación, no si es un magma catártico o un gesto congelado, vacío de significación.

Para que el teatro exista es necesario que esa expresión pueda ser comunicada.

Como refiere Eugenio Barba: en la raíz de la palabra "ficción" se da el sentido de "hacer" "dar forma". Es probable que originalmente indicase la acción del alfarero que modelaba la arcilla. El actor se da forma y da forma a su comunicación mediante la ficción modelando su energía, y así se convierte en algo que puede comunicarse.

El teatro en la rehabilitación de la psicosis apunta a transformar el “lugar en el mundo” de la persona. De paciente a actor. Una ausencia que el espejo social no refleja que deviene en voz y acción en el espacio. Aquel que sale detrás de escena, que asoma y produce asombro con su modo de estar digno, plenamente presente y bien plantado en el espacio público del cual se apropia para recuperar todas aquellas palabras que le fueron negadas en su condición de paciente de hospital, en eterno deambular, por el barrio, la vida, las calles, la ayuda social... esperando siempre. Y si además es pobre, doble es su espera. Más al fondo de la paciencia y de la esperanza vacía de esperanzas es su condición.

Desde el origen del teatro: el actor, su cuerpo, su cuerpo en acción. Las acciones. El conflicto.

Un actor o una actriz, sale a escena. Tiene aún pegada en sus suelas esa cuota de misterio: no sabemos quién es.

Ensayamos a la espera del asombro...

No buscamos acumular signos, sino quizá un gesto que nos revele, existiendo.

Autores consultados: Giorgio Agamben, Zygmunt Bauman, Alain Didier, Alfredo Moffatt